

Se llegó á la calificación del *Cathecismo*, y salió absuelto por una mayoría de diez votos: el Arzobispo de Praga (presidente de la Congregación), el Patriarca de Venecia, los Arzobispos de Palermo, Lanciano y Braga, los Obispos de Chalons, Módena, Ticinia de Hungría y Nevers, y el General de los Agustinos. Sólo tres de ellos eran españoles; los demás no sabían el castellano, y se guiaron por las aprobaciones y pareceres amañados por los farauces de Carranza. De esta aprobación se mandó dar testimonio al Arzobispo, para que pudiera presentarla en su causa.

El embajador de España reclamó contra esta atropellada resolución, y pidió que se revocase. El inmortal Arzobispo de Tarragona (entonces Obispo de Lérida), D. Antonio Agustín (rey de nuestros canonistas y filólogos), que era uno de los diputados de la Congregación del Índice, pero no había asistido á la sesión de 2 de Abril de 1563, en que fué aprobado el libro, se desató contra el acuerdo, hasta decir que «la Congregación había aprobado manifestas herejías, con aprobar el *Cathecismo*». El Arzobispo de Praga llevó muy á mal semejante insulto á él y á sus colegas, y entabló querrela ante los Legados del Papa. El Cardenal Morone se interpuso, y logró avenirlos á todos, haciendo que el de Lérida diese pública satisfacción á sus colegas, en particular al de Praga, y que del decreto favorable al *Cathecismo* no se diese copia al agente de Carranza. Pero ya para estas fechas la copia estaba sacada y en camino de España, si bien aprovechó poco, y se tuvo por nula, por no haber sido aprobada en Sínodo general ².

¹ «Fortivamente hicieron que algunos diputados, sin saber la lengua castellana en que estaba escrito, mostrándoles muchas aprobaciones que estaban hechas en España, lo aprobaron, y luego sacaron testimonio de ello, y lo publicaron por Italia y España», dice D. Diego de Simeanes.

² Il Vescovo di Lerida, o mosso dal Conte, o per altra causa, si diede a parlare contra quel Decreto, e biasimarlo, portando luoghi del libro, che con sinistra interpretatione pareano degni di censura, e quello che più importava, toccando anche il giudizio e la coscienza di quei Vescovi. L'Arcivescovo di Praga, come primo di quella Congregazione per difesa propria e de' Collegi, fece querela co' Legati, ricercando che facessero dimostrazioni, e protestando di non intervenire in atto pubblico, finche la Congregazione non avesse la dovuta soddisfazione. Il Cardinale Morone s'interpose, e conciliò concordia con quelle condizioni, che della fede fatta non se ne desse altra copia; che il Lerida desse soddisfazione di parole alla Congregazione, ed in particolare al Praga, e che si mettesse da ambe le parti il fatto in silenzio. Así escribe el maldeciente, pero aquí no mal informado, Fra Paolo Sarpi, en su *istoria del Concilio Tridentino*, lib. VIII, cap. XXXII, tomo VI de la edición de 1790; sin lugar. (Venecia)

VII.—AUDIENCIAS DEL ARZOBISPO.—DEFENSA DE AZPILCUETA.—RESISTENCIA DE LA INQUISICION Y DE FELIPE II Á REMITIR LA CAUSA Á ROMA.—VENIDA DEL LEGADO BUONCOMPAGNI.—SAN PIO V AVOCA Á SÍ LA CAUSA.—VIAJE DEL ARZOBISPO Á ROMA.

ENTRE tanto, y despues de mil excepciones dilatorias, la causa había empezado á moverse, aunque torpe y perezosamente. En 1.º de Setiembre, el licenciado Ramírez, fiscal del Santo

Oficio, presentó su primera acusación. Los principales cargos eran:

1.º Haber creído y dogmatizado el artículo de la justificación conforme al parecer luterano.

2.º Haber negado en particulares colóquios la existencia del purgatorio.

3.º Haber predicado la satisfacción por los solos méritos de Cristo, diciendo y afirmando que no había pecados para quien esto creía, ni muerte ni demonios.

4.º Haber dicho y afirmado que deseaba hacer á la hora de la muerte, y por testimonio público, renuncia de todas sus buenas obras, contentándose con el beneficio de Jesucristo.

5.º No haber delatado á cierto hereje (D. Cárlos de Seso).

6.º Haber dado á sus discípulos un *Aviso* lleno de herejías luteranas.

7.º Haber creído y afirmado que no se ha de rezar á los Santos el *Ave María* y el *Padre nuestro*.

8.º Haber defendido la certidumbre de la salvación.

9.º Haber pronunciado las palabras *Ego haerco certe*, tratándose de controversias con luteranos.

10. Haber tenido y leído obras de herejes y libros vedados por el Santo Tribunal, dándolos y comunicándolos á sus discípulos.

11. Haber hablado con poca reverencia del Santísimo Sacramento del altar.

12. Haber tenido trato y familiaridad íntima con herejes excomulgados.

13. Haber tenido en poco la disciplina y ceremonias de la Iglesia, y la potestad del Papa.

14. Haber defendido doctrinas erasmianas sobre la Confesión y sobre el autor del *Apocalipsis*.

15. Haber refutado con muy cortas razones los yerros luteranos, después de exponerlos largamente.

16. Haber dicho que en las letanías debe añadirse esta frase: «*A Concilio hujus temporis libera nos, Domine*».

17. Haber defendido con pertinacia las proposiciones heréticas del *Cathecismo*, buscando defensas y aprobaciones.

El Arzobispo contestó negativamente á casi todos estos artículos. Del tercero dijo que quizá en algunos sermones, por animar á personas tímidas y escrupulosas, hubiese dicho que, guardando los Mandamientos y haciendo lo demás á que es obligado, podía el cristiano perder el temor al demonio y al pecado, aunque sin tener nunca seguridad y certeza de que hacemos lo que debemos. Sobre lo cual se remitía al voto que dió en Trento. En cuanto á las soluciones frías y remisas que daba á los errores luteranos, respondió que sin duda no alcanzaba más su entendimiento, pero que las tomaba de los Santos y Doctores. Que había leído libros prohibidos, pero que tenía licencia de los Legados apostólicos en el Concilio, y otra de Paulo III. Lo del *Aviso* de Juan de Valdés resueltamente lo negó¹, y en esto bien se ve que no procedía de buena fé, como tampoco en decir que «no habiendo comunicado en su vida con ningún hereje, no les pudo tomar la forma de hablar», pues de lo contrario deponen toda su historia, y los viajes que hizo á Inglaterra y á Flándes.

Á esta acusación y respuesta siguieron otras muchas; pero no hay para qué insistir en ellas: *ab uno disce omnes*. Como el *Cathecismo* y todos los papeles recogidos á Carranza se calificaron una, dos y tres veces por diversos teólogos², y sobre los pareceres redactaba el fiscal

1. «Es falso testimonio de quien quiera que tal diga.... é nunca tal carta recibí hasta hoy, ni hubo fundamento para decirse tal cosa.» (*Documentos Inéditos*, tomo V, pág. 380.)

2. Entre los calificadores figuran Fr. Diego de Chaves, Fr. Rodrigo de Vadillo, Fr. Juan de Alolaras y Fr. Pedro de Ibarra. Los manuscritos eran los siguientes, advirtiéndose que muchos de ellos no pertenecían á Carranza, sino que eran copias de obras ajenas, que el guardaba entre sus papeles:

Notas á la exposición del salmo *Audi fílii*, hecha por el Maestro Ávila.
Exposiciones de los salmos *Quam dilecta*, *De profundis* y *Domine, exaudi*.
Exposición de Isaías.
Idem de las epístolas de San Pablo *Ad Romanos*, *Ad Galatas*, *Ad Ephesios* y *Ad Philippenses*.
Idem de la epístola canónica de San Juan.
Tratado de amore Dei erga nos.
Tratados Del Sacramento del Orden, *Del Sacrificio de la Misa*, *Del celibato de los Clerigos*, *Del Matrimonio*, *De la Oración*, *De la tribulación de los Justos*, *De la Vida Cristiana* y *De la Libertad Cristiana*.

Apuntes sobre los Mandamientos y pecados mortales; defensa del *Cathecismo*, con textos de la Escritura; compendio del *Cathecismo*, y muchos sermones.
Además, siete cuadernos que tenía la marquesa de Alcañices. Dos de ellos, el segundo y quinto, se extraviaron. Sólo fueron objeto de calificación los restantes.

La *Explicación de los Artículos de la Fé* era obra de Fr. Domingo de Rojas, y otros papeles

nuevos cargos, y tenía el Arzobispo que contestar á todo este farrago; como la publicación de testigos (que eran, entre todos, noventa y seis) exigía nuevo interrogatorio, y Carranza pidió, para ganar tiempo, que se ratificasen, y presentó los suyos en descargo, y el fiscal se opuso, y vino el interrogatorio de tachas y el de abonos: de aquí que las cabezas del proceso se multiplicasen sin cesar, como las de la hidra de Lerna.

Tal estado de cosas era insostenible. Roma reclamaba sin cesar la persona del reo y la causa; todos los plazos dilatorios habían espirado, pero el proceso no iba á Roma, porque la Inquisición había tomado cual caso de honra el que se decidiera en España, y no quería ceder un punto de su jurisdicción. Para esto manifestó, en consulta á Felipe II, que era necesario hacer en España un escarmiento ejemplar por la alta dignidad del reo; que era conforme á la antigua disciplina el dar comisión para castigar los delitos allí donde se perpetraban; que, si el proceso se decidía en Roma, sería con publicación de los nombres de los testigos, lo cual era gravísimo inconveniente; que, además, sería necesario traducir al latín ó al italiano los autos, cosa difícil por su inmensa mole, y en lo cual podían deslizarse, por ignorancia ó malicia, muy sustanciales errores; que en Roma tenía el Arzobispo muy altas personas apasionadas por él, y que no podía esperarse recta justicia.

pertenecían asimismo á él y á Cristóbal de Padilla. Otros eran notas tomadas por los discípulos. Había también extractos de libros de Lutero y Ecolampadio; pero Carranza se defendió con decir que los había hecho con intención de refutarlos, y que le había facilitado los libros en Trento D. Diego de Mendoza. Sobre todos estos manuscritos dijo Carranza en su respuesta á la sexta acusación presentada por el fiscal en 30 de Marzo de 1563:

«Eos papeles se escribieron en diferentes tiempos, y algunos más há de 30 y aun 40 años, siendo yo colegial en St. Gregorio, y oyente de Theología: de los quales, como por ellos consta, son muy pocos los de mi mano, y asimismo es mucho menor ó casi ninguna la parte de que yo soy autor, porque son materias de sermones, las quales, segun es costumbre, se toman de otros predicadores. Desta calidad es un tratado que allí está, *De Oratione* (cuyo autor es fray Melchior Cano), el qual escribí residiendo en el dicho colegio. De los sermones unos són de Fr. Diego de Victoria, y otros de Fr. Thomas de Guzman, famosos predicadores y muy católicos cristianos.... y otros sermones son de diversos autores», etc.

En respuesta á otra acusación de 20 de Junio añadió:

«Casi todo son cosas ajenas puestas por memoria, parte el año de 1554, cuando por orden del Consejo de Inquisición visitamos y examinamos todas las Biblias que con escollos y anotaciones habían venido impresas á España, y parte antes desto en Trento, tratándose de lo mismo por orden de los Legados de la Sede Apostólica....»

«Los otros papeles los escribí yo luego que hice profesión en la Orden de Santo Domingo, que há más de 40 años, é yo no tenía entonces 20; y como es costumbre en la dicha Orden mandar predicar á los nuevos estudiantes en el rectorio las fiestas principales.... hice algunas memorias para aquel efecto.... La otra parte es de sermones ó pedacos de ellos que, siendo estudiante, oia predicar en la iglesia de St. Pablo desta villa de Valladolid, y después los escribía en mi cámara para reverlos y examinarlos, y así están citados los autores en las márgenes de muchos de ellos. É por ser cosa tan vieja y escrita en el tiempo que he dicho, quando yo no entendía ni resolvía en las materias, nunca más las vi *in perfectione*.» (Tomo IV del *Proceso*, lib. III de *Audiencias*.)

Sabedor de esta consulta Martin de Azpilcueta, fué á quejarse al rey en nombre de su cliente, y en un memorial valientemente escrito recopiló todos los agravios que el Arzobispo había recibido: desde haberle traído preso *cum gladiis et fustibus*, hasta haberle dado jueces sospechosos, y diferido tanto la causa, y negándole la comunicacion con sus letrados, y el recurso al rey y al Papa. Tras esto recordaba á Felipe II la promesa que había hecho á Carranza de ayudarle, cuando «siendo él avisado por Cardenales y otros muchos de Roma y de España, de estas tribulaciones que se le urdian, y pudiendo fácilmente librarse de ellas por vía del Papa, no lo hizo, por le haber mandado V. Md. por su carta Real que no ocurriese á otro é fuese de su Real amparo. Y ahora, visto lo que ha pasado y pasa, le parece que puede decir como nuestro Señor Jesu Christo dijo á su Padre eternal desde la Cruz en que padeció: «Deus meus, Deus meus, quare me dereliquisti?»

Instaba, finalmente, porque la causa se llevase á Roma, pues estaba vista la parcialidad de los jueces españoles, que sólo querian tener preso al Arzobispo, sin sentenciar su causa, hasta que muriese, y comerse entre tanto las rentas del Arzobispado, como lo están haciendo. «Pero de mí digo (continúa el Dr. Navarro) que á este santo varón..... en Roma no sólo le absolverán, sino que le honrarán más que á persona jamás honraron, y que desto V. Md. tendrá gloria en todo el mundo, y sabrán cuán buena persona eligió para tal dignidad. Concluyo, pues, christianísimo Rey y Señor, que los que aconsejan y procuran que la causa sea sentenciada en España, podrán tener buen zelo, pero no buen parecer. Por ende, V. Md. debe seguir el camino real, y quitar la causa de manos de apasionados y confiarla á su dueño»¹.

Entre tanto los agentes del Arzobispo, y á su cabeza el elegantísimo autor del *Poema de la Pintura*, Pablo de Céspedes, á quien llama el embajador D. Francisco de Vargas (en sus cartas al rey) «hombre atrevido y sin respeto», no dejaban piedra por mover en Roma, y llegaron á imprimir una informacion en defensa del Arzobispo, sin licencia del Maestro del Sacro Palacio, Fr. Tomás Manrique, que despues hizo recoger todos los ejemplares y castigar al impresor y á Céspedes².

El Papa estaba muy bien dispuesto en favor de Carranza, y Felipe II, que lo sabia, y que había trocado en aversion su antigua afi-

¹ Vid. íntegro este Memorial en los Documentos Inéditos, tomo V, págs. 495 á 504.

² Vid. toda la correspondencia de los embajadores sobre este negocio en el lib. XV del Proceso.

cion hacia él, por el convencimiento que tenía de su heterodoxia, envió á Roma, en Noviembre de 1564, al inquisidor D. Rodrigo de Castro, con reservadísimas instrucciones, en que se le prevenia que «no despreciara los medios humanos, y procurara ganar por cualesquiera modos la amistad de todas las personas que pudieran influir en el negocio».

Tal maña se dió el hábil agente, que Pio IV consintió en enviar á España jueces extraordinarios, que aquí sentenciasen la causa. Y en 13 de Julio de 1565 nombró al Cardenal Buoncompagni, como Legado á latera; al Arzobispo de Rosano, al auditor de la Rota Aldobrandino, y al General de los Franciscanos, que fué luego Sixto V.

En 21 de Agosto se notificaron al rey estos nombramientos. En Noviembre llegó á Madrid el Legado, y comenzó á enterarse del proceso; pero el fallecimiento del Papa en 8 de Diciembre fué nueva causa de interrupcion. El Legado se puso en camino, para hallarse en la eleccion del nuevo Pontífice; pero al llegar á Aviñon, supo que había sido electo San Pio V.

Felipe II logró casi por sorpresa que el nuevo Papa confirmase el acuerdo de su predecesor; pero el Cardenal Buoncompagni, que había alcanzado á comprender la mala fe, animosidad y mezquinas pasiones con que este negocio se trataba, habló claro á San Pio V; y éste, que como dominico debía tener cierta simpatía por Carranza, dispuso inmediatamente que el reo y la causa fueran á Roma, y que don Fernando de Valdés renunciase el cargo de inquisidor general. Felipe II se resistió cuanto pudo; pero el Papa le amenazó con poner entredicho en su reino, y el rey tuvo que obedecer.

En lugar de Valdés fué nombrado, en 9 de Setiembre, D. Diego de Espinosa, presidente del Consejo de Castilla, y para el cumplimiento del Breve pontificio de 30 de Julio, vino como Nuncio extraordinario el Obispo de Ascoli. Carranza salió de Valladolid el 5 de Diciembre de 1566, á los siete años y algunos meses de prision. Viajaba en litera, acompañado del inquisidor Diego Gonzalez. Se embarcó el 27 de Abril de 1567, en el puerto de Cartagena, á bordo de la capitana de Nápoles, en que iba el duque de Alba, gobernador de Flándes.

Acompañaban á Carranza sus abogados Azpilcueta y Delgado, y los consejeros, fiscales, jueces y secretarios de la causa, D. Diego de Simancas, Jerónimo Ramirez, D. Pedro Fernandez Temiño, Sebastian de Landeta, etc., cargados con aquella balumba de papeles, que hoy mismo nos ponen espanto.

El 25 de Mayo entraron en Civita-Vecchia. Allí el embajador es-

pañol, D. Luis de Requesens, se hizo cargo de la persona del reo, y en 29 de Mayo le entregó á los ministros del Papa. Señálosele por cárcel el castillo de Santángelo, y se le permitió confesar en el primer jubileo.

VIII.—LA CAUSA EN TIEMPO DE SAN PIO V.—SENTENCIA DE GREGORIO XIII.—ABJURACION DE CARRANZA.—SU MUERTE, Y PROTESTACION DE FÉ QUE LA PRECEDIÓ.

E diez y siete consultores estaba formada la Congregacion que nombró San Pio V para la causa. Entraban en ella el Cardenal Reviva, Patriarca de Constantinopla *in partibus*, Arzobispo de Pisa; el Cardenal Pacheco, Arzobispo de Burgos, y el Cardenal Gambayo, Obispo de Viterbo: inquisidores los tres de la de Roma; el Cardenal Chiesa, prefecto de la Signatura de Justicia; el Maestro del Sacro Palacio, Fr. Tomás Manrique, de la Orden de Santo Domingo; D. Gaspar de Cervantes, Arzobispo de Tarragona; el Obispo de Santa Ágata (después Sixto V); el Obispo de Arezzo, Eustaquio Lucatelli; el auditor Artimo, el Obispo de Fiesole y el Arzobispo de Sanseverino. Y por la parte de España, el Obispo de Ciudad-Rodrigo, D. Diego de Simancas, consejero de la Inquisicion; el Obispo de Prati, D. Antonio Maurin de Pazos; D. Pedro Fernandez Temiño (que fué más adelante Obispo de Leon), y D. Fr. Rodrigo de Vadillo, ex-General de los Benedictinos: todos los cuales habian sido jueces ó calificadores en el proceso. Su Santidad los trató mal desde luego, y les hizo estar de pié á espaldas de los Cardenales¹. Quejáronse, y por todo favor se les concedió reclinarse, cuando estuviesen fatigados, en unos escaños con los espaldares vueltos. Esta etiqueta, que D. Diego de Simancas llama *crueldad*, duró tres años consecutivos, y eso que las congregaciones semanales pasaban á veces de tres horas. El Santo Pontífice asistía á ellas en persona.

Hubo que traducir el proceso, y en esto se pasó cerca de un año. Faltaban papeles, y hubo que reclamarlos á España; faltaban los libros impresos y manuscritos del Arzobispo: nuevo motivo de dila-

¹ «El Papa sentado en su silla, y los cuatro Cardenales en unos escaños, y para nosotros habian sacado unos escabeles; pero ciertos Cardenales ceremoniosos los quitaron, y nos hicieron estar en pié á las espaldas de los Cardenales.....» dice D. Diego de Simancas.

cion. Además, el expediente venia en un estado de completo desórden, y bien fuera por esto, bien por maliciosa sustraccion, se echaban de ménos algunas hojas.

Los nuestros, siguiendo su táctica de siempre, recusaron á fray Tomás Manrique por dominico y parcial de Carranza, y luego al exímio teólogo jesuita Francisco de Toledo (nombrado en sustitucion de él), por amigo y deudo del prior de San Juan, favorable al reo.

San Pio V estaba (segun parece) convencido de la inocencia de Carranza: consentia que en Roma se vendiese públicamente el *Cathecismo*, é instando por la prohibicion los agentes de España, respondió con enojo, que «no hiciesen de manera que lo aprobase por un *motu proprio*»¹.

Los biógrafos y apologistas del Arzobispo, como Salazar de Mendoza y Llorente, dan por cosa cierta que aquel Pontífice llegó á absolver á Carranza, mandando que se le devolviese el *Cathecismo*, para ponerle en latin y aclarar las proposiciones dudosas; pero que esta sentencia no llegó á pronunciarse, porque Felipe II se dió maña á suspenderla, entre tanto que llegaban á Roma ciertas calificaciones y papeles hostiles á Carranza, y que en el intermedio murió el Papa. Y hasta llega á insinuar el perverso secretario de la Inquisicion (verguenza dá consignarlo!) la infame y ridícula sospecha de que la muerte no fué natural, sino procurada por nuestro gobierno. *Credat Judaeus Apella*.

La verdad es que nadie ha visto ni por asomos ni semejas la tal sentencia, y que aquel gran Pontífice falleció de mal de piedra, en 1.º de Mayo de 1572, sin haber querido sentenciar nunca, porque dijo que *no queria morir con aquel escrúpulo*. Así lo testifica D. Diego de Simancas, autoridad no sospechosa, pues confiesa que «la intencion del Papa era dar por libre á Carranza». Pero, ¿á que es buscar otro testimonio, cuando expresamente afirma la Bula de Gregorio XIII, que la causa quedó indecisa por muerte de su predecesor?

Portiaron con el nuevo Pontífice (Cardenal Buoncompagni) los del Arzobispo, para que diese curso á la supuesta sentencia, y la sentencia no pareció, aunque Gregorio XIII decia con gracia que regalaría 20,000 ducados á quien se la presentase, sólo porque le quitaran de delante la indigesta mole del proceso². El pobre audi-

¹ Así lo cuenta D. Diego de Simancas, y la autoridad no parece sospechosa, por ser de un enemigo acérrimo del Arzobispo.

² Simancas, el cual añade: «Yo creo que parte fué engaño y parte cautela de las que usaban para acreditar su negocio, diciendo que el Papa Pio habia absuelto al reo».

tor de la Rota, Aldobrandino, que le tenía en su poder, no sabía resolverse á nada, porque nunca había visto causas de Inquisición, y todo se volvía dudas y consultas sobre si en España se había guardado ó no la forma del Breve de Paulo IV. Volvió á leerse el proceso entero delante del Papa, y en esto se tardó más de un año.

Como si tanta pesadez no fuera bastante, Felipe II suplicó que se suspendiera la causa, hasta que llegasen á Roma cuatro nuevos calificadores que él enviaba, y fueron: el Dr. Francisco Sancho, catedrático de Salamanca; el confesor del rey, Fr. Diego de Chaves, y los Maestros Fr. Juan Ochoa y Fr. Juan de la Fuente. Llegaron, dieron sus censuras sobre los papeles del Arzobispo, replicaron Azpilcueta y Navarro, y con esto se dió tiempo á que retractasen en España algunos Prelados sus censuras favorables al *Cathecismo*. Parece que no faltaron persuasiones ni amenazas. Lo cierto es que, en 30 de Marzo de 1574, el Arzobispo de Granada, D. Pedro Guerrero, que antes había puesto en las nubes el *Cathecismo*, dió nueva censura, tachando más de setenta y cinco proposiciones. En 29 de Abril hizo lo mismo el Obispo de Málaga (antes de Orense), D. Francisco Blanco, que censuró sesenta y ocho, con nota de *vehementer suspectus* para el autor. Siguió su ejemplo el Obispo de Jacén, pero elevando á trescientas quince el número de proposiciones reprobables. Y lo mismo hicieron el Dr. Barriovero y Fr. Mancio del Corpus Christi, dominico y catedrático en Alcalá.

Todos expusieron, *bajo juramento*, ante el inquisidor general don Gaspar de Quiroga las causas de haber mudado de opinion, y sus declaraciones y pareceres, cerrados y sellados, se enviaron á Roma, donde se unieron á los autos, y fueron de grande efecto para la sentencia final.

Sólo el cabildo de Toledo permanecía fiel á Carranza: intercedía por él en Roma, y hacia procesiones y rogativas públicas por su libertad.

Al fin la sentencia vino, pero no absolutoria ni mucho ménos, porque no podía serlo ¹. En 14 de Abril de 1576, Gregorio XIII declaró que «el Arzobispo había bebido prava doctrina de muchos herejes condenados, como Martin Lutero, Ecolampádio y Felipe Melanchton..... y tomado de ellos muchos errores, frases y maneras de hablar de que ellos usan para confirmar sus enseñanzas»; por lo

¹ Vid. traducida al castellano (por Ambrosio de Morales, según parece) en los *Documentos inéditos*, tomo V, págs. 482 á 494.

cual era *vehementemente sospechoso* de herejía, y le condenó á abjurar las proposiciones siguientes:

- 1.^a Que todas las obras hechas sin caridad son pecados, y ofenden á Dios.
 - 2.^a Qué la fé es el primero y principal instrumento para la justificación.
 - 3.^a Que por la justificación y los méritos de Cristo el hombre se hace formalmente justo.
 - 4.^a Que nadie alcanza la justicia de Cristo si no cree *con cierta fé especial* que la ha alcanzado.
 - 5.^a Que los que viven en pecado mortal no pueden entender la Sagrada Escritura ni discernir las cosas de la fé.
 - 6.^a Que la razon natural es contraria á la fé en las cosas de religion.
 - 7.^a Que el *fomes* del pecado permanece en los bautizados debajo de la propia razon de pecado.
 - 8.^a Que el pecador, cuando pierde por el pecado la gracia, pierde tambien la verdadera fé.
 - 9.^a Que la Penitencia es igual al Bautismo, y no viene á ser otra cosa que una vida nueva.
 10. Que Cristo nuestro Señor satisfizo tan eficaz y plenamente por nuestros pecados, que ya no se exige de nosotros ninguna otra satisfaccion.
 11. Que sola la fé sin las obras basta para la salvacion.
 12. Que Cristo no fué legislador ni le convino dar leyes.
 13. Que las acciones y obras de los Santos nos sirven sólo de ejemplo, pero no pueden ayudarnos.
 14. Que el uso de las imágenes y la veneracion de las sagradas reliquias son leyes meramente humanas.
 15. Que la presente Iglesia no tiene la misma luz y autoridad que la primitiva.
 16. Que el estado de los Apóstoles y religiosos no se diferencia del comun estado de los cristianos.
- Hecha esta abjuracion, Carranza debía ser absuelto de todas las censuras y suspenso de la administracion de su diócesis por cinco años, en los cuales habitaria el convento de Predicadores de Orvieto, dándosele para cógrua sustentacion 1,000 escudos de oro mensuales. Se le imponian además várias penitencias, visitar las siete basílicas de Roma, decir ciertas misas, etc. El decreto acababa prohibiendo el *Cathecismo* en cualquiera lengua.

Don Diego de Simancas¹ dice que «la intencion del Papa fué que la reclusion y suspension fuesen perpétuas; pero se tuvo por cierto, dada la edad y achaques del reo, que no viviria los cinco años».

El Arzobispo oyó la sentencia, *con humildad y lágrimas*, según la relacion atribuida á Ambrosio de Morales; *con desdén y sequedad*, según su implacable enemigo D. Diego de Simancas. Abjuró *ad cautelam*, pasó á vivir al convento dominicano de la Minerva, dijo misa los cuatro primeros días de Semana Santa, y el lunes comenzó á andar las basílicas, sin querer aceptar la litera que le ofreció el Papa. Dijo su última misa en San Juan de Letrán el lunes 23 de Abril, y aquel mismo día cayó enfermo de muerte. Espiró el 2 de Mayo, á las tres de la mañana. Tenía setenta y tres años de edad, y había pasado diez y siete en prisiones.

El Papa le envió en sus últimos momentos absolucion plena y entera.

Aquel mismo día (30 de Abril), en presencia de muchos italianos y españoles, entre ellos el prior de San Juan, D. Antonio de Toledo, los dos fidelísimos abogados Azpilcueta y Alonso Delgado, el capiccol de Toledo D. Juan de Navarra y Mendoza, y dos frailes dominicos, Fr. Hernando de San Ambrosio y Fr. Antonio de Utrilla, agente incansable el primero de los negocios del Arzobispo, y compañero de su prision el segundo, hizo Fr. Bartolomé de Carranza una solemne protestacion de fé en lengua latina, antes de recibir el sacramento de la Eucaristía.

Juró, por el tremendo paso en que estaba y por el Señor que iba á recibir, que mientras había leído teología en su Orden, y enseñado, predicado y disputado en España, Alemania, Italia é Inglaterra, nunca había tenido más propósito que el ensalzamiento de la fé y la destruccion de la herejía, por lo cual católicos y protestantes le habían dado el título de primer defensor de la fé. «Su Md. es buen testigo (añadió): yo le he amado y le amo ahora muy de veras; tanto que ningun hijo suyo le tiene ni le tendrá más firme ni más verdadero amor que el mío.»

Juró tambien que nunca había enseñado, predicado ni defendido cosa contraria al verdadero sentido de la Iglesia romana, ni había caído en error alguno de los que se le imputaban, tomando en mal

¹ Fué este D. Diego de Simancas, tantas veces aquí nombrado, hombre de grande erudicion clásica. Tengo de él un curioso libro de política, tejido todo de sentencias de los antiguos: *De Republica libri IX. Opus collectum ex omnibus, qui de ea re optime scripserunt, auctoribus. Per R. D. Jacobum Simancam, Pacensem Episcopum. Venetiis, apud Bologninum Zalterium, M.D.LXIX. (En 4.º)*

sentido sus palabras, ni había dudado jamás en cosas de la fé, sino que siempre la había creído y profesado con tanta firmeza como la creía y profesaba en la hora de la muerte. Pero que, sin embargo, tenía por justa la sentencia, como pronunciada por el Vicario de Cristo, y perdonaba todo agravio que hubieran querido hacerle sus contrarios ó jueces en la causa. «No he tenido rencor contra ellos; antes los encomiendo á Dios..... y prometo que si voy á donde espero ir por la voluntad y misericordia de Dios, rogaré al Señor por todos.»

Está enterrado Carranza en el coro de la Minerva, con un honroso epitáfio, que mandó grabar el mismo Gregorio XIII, y en que se le llama «ilustre por su linaje, vida, doctrina, elocuencia y limosnas, grandemente honrado por el Emperador Carlos V y su hijo Felipe II; varon de ánimo modesto en las prosperidades y resignado en las tribulaciones».

Se le hicieron solemnes exequias, así en Roma como en Toledo, y su sucesor, el Cardenal Quiroga, mandó poner su retrato con los de los demás Arzobispos en la sala capitular.

IX.—JUICIO GENERAL DEL PROCESO

No he de negar que la opinion general ha sido y es favorable á Carranza. Aparte de la simpatía que despierta siempre el perseguido, han influido no poco en esa manera de juzgar los cronistas y bibliógrafos dominicos y los canónigos toledanos, como el Dr. Salazar de Mendoza, que de ninguna suerte querian la afrenta de un hereje en su Orden ni en su catedral. Pero todo lo que ellos alegan en pró de Fr. Bartolomé son razones harto fútiles: que fué buen religioso, humilde, modesto y limosnero; que había leído mucho la *Summa* de Santo Tomás; que predicó con gran fruto; que se mostró celosísimo en la visita de su arzobispado. Todo esto, como se ve, nada prueba, ni libra á nadie de ser hereje. Alguna más fuerza tienen los argumentos que se sacan de sus misiones en Inglaterra y Flándes, de los herejes que convirtió con su palabra, de las Universidades que reformó, de los libros que echó á las llamas, de los pareceres siempre católicos que dió en el Concilio de Trento. Pero aunque todo esto induzca en el ánimo una sospecha favorable, tam-

poco bastaría para demostrar que Carranza, contagiado con el trato de los protestantes, no hubiese mudado despues de opinion.

Los adversarios del Santo Oficio, y á la cabeza de ellos Llorente, han cortado la cuestion muy de ligero: para ellos Carranza no fué reo de ninguno de los delitos que se le imputaban; toda su desgracia fué obra de la intriga, de la codicia y de la ambicion del inquisidor general D. Fernando de Valdés y de sus amigos. Lo que dijo Llorente lo ha repetido en coro la gárrula turba liberalasca, y ya se sabe que es un lugar comun la *atroz* persecucion del *inocente* Arzobispo de Toledo.

Otros lo han tomado por un camino distinto. Don Adolfo de Castro sostuvo que el Arzobispo habia sido real y verdaderamente protestante; con lo cual resultaba justificada la Inquisicion dentro de las ideas del tiempo. Esta opinion ha tenido poco séquito, pero encierra un fondo de verdad, como iremos viendo.

Y ahora, para proceder con método, pregunto:

1.º ¿Qué hemos de pensar de Carranza?

2.º ¿Qué hemos de pensar de sus jueces?

Respondiendo á la primera interrogacion, clara y llanamente afirmo que Carranza *escribió, enseñó y dogmatizó* proposiciones de sabor luterano. Y esto se prueba:

1.º Por la sentencia de Gregorio XIII. Para invalidar la fuerza de esta decision, apela Llorente á la consabida treta jansenista de negar que en las obras de Carranza se hallen en términos expresos las proposiciones que allí se reprobaron. Pero el mismo Llorente tuvo la candidez de confesar á renglon seguido que «no habia leido las obras del procesado», con lo cual bien se ve que discurre de lo que no conocia ni por asomos, y que está en el aire su distincion *del hecho y del derecho*. Fuera de que la teología de Llorente es todavia peor y más sospechosa que su torcida ciencia canónica.

2.º Por los pareceres de Melchor Cano, de Domingo de Soto y de todos los primeros teólogos de España, adversarios unos, es verdad, pero amigos otros del procesado. Y el mismo Melchor Cano no era hombre en quien la pasion, con ser tan vehemente y poderosa, turbase el juicio ni manchase la conciencia hasta el extremo de encontrar tantas docenas de proposiciones censurables en un libro inocente.

3.º Porque basta el recto juicio y la instruccion, no teológica, sino catequística, que debe tener todo cristiano, aunque sea lego, para conocer que no es ortodoxo el hombre que enseña que «la fé

sin las obras basta para la salvacion»; que «Cristo nuestro Señor satisfizo por nuestros pecados tan eficaz y plenamente que no se requiere de nosotros otra satisfaccion»; que «todas las obras hechas sin caridad son pecado y ofenden á Dios», y que «la razon natural es *contraria* á la fé en las cosas de la Religion». No hay duda que, tomadas éstas y otras cláusulas *prout jacent*, nadie que sea católico puede dudar que Carranza resbaló, por una parte, en el Luteranismo, y por otra en el más crudo é irracional tradicionalismo ó escepticismo místico. Esto sin contar con las dudas acerca del purgatorio que le atribuyen muchos declarantes. Y en realidad no podia ménos de negarlo quien pensaba como él acerca de la satisfaccion plena y entera por la sangre de Cristo.

Si en el foro externo, donde ya recayó decision de Roma, no es posible vindicar á Carranza; si la sentencia fué á todas luces justa, y el mismo Carranza lo confesó al morir, ¿podremos disculparle, á lo ménos, en el foro interno? ¿Podremos sostener que no erró *á sabiendas* y que cayó por debilidad de entendimiento, y no de voluntad? Realmente las apariencias son fatales: si hubiéramos de atenarnos sólo á las declaraciones de los protestantes de Valladolid, tendríamos que decir que pensaba como ellos, pero que disimuló hipócritamente. Se dirá que habia vivido mucho tiempo entre herejes, que se le habian pegado frases y modos de hablar suyos; pero, por mucha latitud que demos á esta disculpa, ¿se concibe que un teólogo, harto de explicar toda su vida la doctrina de Santo Tomás, curtido y probado en las aulas, habituado desde jóven á la precision del lenguaje escolástico, y obligado, además, por las circunstancias de su vida, á discernir la verdad del error en las materias que entonces andaban en controversia, venga al fin de su vida á hablar como los luteranos, *precisamente en esas cuestiones*? Tanto valdria suponer que Carranza no tenia sentido comun, ó era hombre de cortísimo entendimiento: lo cual de ninguna manera aceptarán sus apologistas, que le tienen por águila y fénix de los teólogos. ¿Qué teólogo es éste que dá por texto á sus discípulos una *Consideracion* de Juan de Valdés, la cual rebosa, no sólo de luteranismo, sino de iluminismo fanático é inspiracion privada, y no conoce el veneno que entraña? ¿Era lícito á alguien escribir, *despues del Concilio de Trento*, lo que el Arzobispo escribió acerca de la justificacion? ¿Y quién tenia ménos disculpa para errar que él, asistente al Concilio, y que habia predicado sobre esa misma materia? Añádase á esto, que no sólo Prelados envidiosos de Carranza, como Valdés, y frailes de su Orden, émulos suyos por cuestiones viejas,

como Melchor Cano; sino hombres de mundo, como D. Diego de Mendoza, y Prelados á la italiana, ricos de letras humanas y de buen gusto, como Antonio Agustín, no tenían al Arzobispo por buen cristiano, y toda su vida afirmaron que estaba lleno de herejías el *Catholicismo*. ¿Es posible que se equivocasen todos? ¿Es posible que entre noventa y seis testigos de todas clases, edades y condiciones, movidos por las más opuestas pasiones é intereses, ó indiferentes en absoluto, mientan todos, mucho más cuando se nota admirable conformidad en lo sustancial de sus declaraciones?

Francamente, si no tuviéramos la protestación de fé hecha al morir por Carranza delante de Jesús Sacramentado, en la cual terminantemente afirmó que no había caído en ningún error voluntario, no habría medio humano de salvarle. Pero ante esa declaración conviene guardar respetuoso silencio. De los pensamientos ocultos sólo á Dios pertenece juzgar. Yo no creo que Carranza mintiera á sabiendas en su lecho de muerte. Y, en suma, excusando la intención, juzgo de él como juzgó la sentencia: «Vehementemente sospechoso de herejía, amamantado en la prava doctrina de Lutero, Melancthon y Ecolampádio».

Respondida así la primera cuestión, digo sin vacilar que tengo por justo el proceso, tomado en general; quiero decir, que sobraron motivos para procesar á Carranza por sus dichos y por sus hechos; y hasta doy la razón en parte á la Inquisición y á Felipe II, y me parece simpática su resistencia á enviar el proceso á Roma, y tengo por gallardo y generoso atrevimiento el de haber procesado y tenido en cárceles por tantos años á un Arzobispo, Primado de las Españas; porque cuánto más alto estaba el reo, más eficaz debía ser la justicia. Además, las circunstancias eran especialísimas, el peligro inminente para el Catolicismo español, si se dejaba impune la herejía en un Prelado, cuando se abrasaban en vivas llamas Valladolid y Sevilla. Por eso no dudo en aprobar *in genere* la conducta de D. Fernando de Valdés en ésta y en las demás cosas que hizo siendo inquisidor general, y creo que tiene la gloria de haber ahogado y extinguido al nacer el Protestantismo en España.

Pero tampoco participo del cándido optimismo de Balmes ¹, que sin haber visto el proceso, y juzgando sólo por los impulsos de su alma recta y benévola, creyó que «las causas del infortunio de Carranza no debían buscarse en rencores ni envidias particulares, sino

en las circunstancias críticas de la época», etc. Esto del *espíritu de la época* es frase doctrinaria, muy vaga y clásica, con la cual se explica todo y no se explica nada. Ahí están los autos de esa causa, verdaderamente monstruosos, para decirnos la seca y abrumadora verdad. Hubo rencores, celos, envidias y malas pasiones de todo género entre Valdés y Carranza, entre Carranza y Melchor Cano; hubo enemistades mortales y tretas curialescas innumerables, y mala fé evidente de parte de unos y de otros, y un intrigar continuo y sin medida en Roma y en Trento. Por eso duró eternidades la causa, y se observan en ella tantas irregularidades canónicas y jurídicas. Pero todas éstas son cuestiones de pormenor, que dejo á los entendidos en la materia, y no alteran ni poco ni mucho lo esencial del caso. Carranza fué justamente perseguido y justamente sentenciado: lo cual no quita que sus jueces de España fuesen parciales y envidiosos; que Melchor Cano anduviera duro é hiperbólico en sus calificaciones, y que Felipe II manifestase ciega saña, indigna de un rey, contra el hombre á quien tanto había protegido y honrado antes, y que tanto fiaba en su palabra real. Yo sé que obró así porque estaba convencido de la culpabilidad de Carranza; pero nada disculpa los bajos y sórdidos amañes de que en Roma se valió para dilatar hasta el último momento la remisión del proceso y la sentencia. Ni tampoco es posible disculpar á los Obispos, que despues de haber aprobado sin restricciones el *Catholicismo*, tacharon luego en él tantas proposiciones; porque una de dos: ó la primera vez obraron de ligero (y á esto me inclino respecto del Arzobispo de Granada), y elogiaron el libro por la fama de su autor y sin haberle leído, ó la segunda vez se rindieron al temor ó al interés.

En suma, nadie de los nuestros estuvo libre de culpa en este trístimo negocio. ¡Cuán hermosa resplandece, por el contrario, la conducta de los Sumos Pontífices San Pío V y Gregorio XIII!

¹ El Protestantismo comparado con el Catolicismo, tomo II, pág. 321 y sigs.